

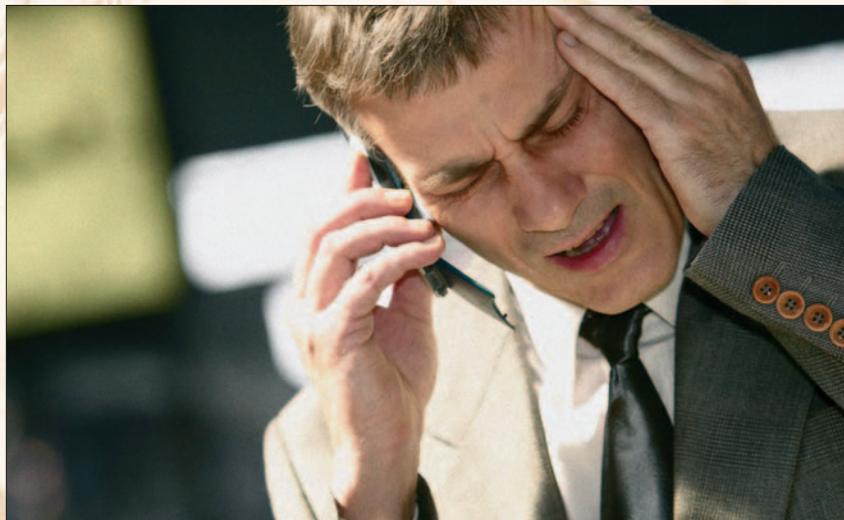
POR UNA EMPRESA HUMANAMENTE ECOLÓGICA

Nuria Chinchilla
Rocío Gómez Sanabria

En la *Ecología humana*, la contaminación la genera una entrega casi exclusiva al trabajo. La superdedicación es fuente de estrés y desmotivación, impulsa el abandono de responsabilidades esenciales como el cuidado de niños y ancianos, la falta de un trato cercano con los hijos adolescentes o la reducción de horas de contacto afectivo entre los miembros de la familia... El coste económico de esta contaminación no se ha cuantificado todavía por la falta de *medidores fiables*. Así que vivimos en una etapa similar a aquella en la que tampoco se evaluaba el coste del kilowatio *sucio*, la sobreexplotación de las aguas o la falta de gestión de los residuos, una etapa que la ecología superó gracias a un aumento de la sensibilidad medioambiental y al impulso de leyes de protección de la naturaleza frente a los abusos empresariales.

Vivimos una etapa crítica en *Ecología humana* aunque esperamos un cambio próximo de tendencia porque se multiplican las voces que reclaman una recuperación ética y moral de las empresas, la visión a largo plazo y la conciliación de la vida laboral y familiar. Esas voces defienden políticas empresariales que convivan en un ecosistema equilibrado y sostenible.

Una empresa, para ser *ecológicamente humana*, debe impulsar, por ejemplo, políticas medioambientales que extingan o reduzcan significativamente una de las principales causas de *contaminación humana*, como son las jornadas maratonianas. Valorar la productividad del trabajador según las horas de presencia en el lugar de trabajo es una forma sencilla de evaluación, pero posiblemente no sea la correcta. Como consecuencia, en muchas empresas se convierte en un



deber permanecer más horas de las necesarias en el puesto de trabajo, no ya para medrar, sino para sobrevivir en ese entorno laboral hasta perder el derecho de tener vida privada.

La valoración por permanencia en el puesto de trabajo supone una presión social entre los propios compañeros, que se saben valorados por sus jefes por la cantidad de *horas trabajadas* y la falsa sensación de fidelidad y entrega a la empresa que esto genera. El coste de esa sobreexplotación se traduce en una gran pérdida de productividad para todos: la empresa (que cuenta con una menor creatividad y compromiso); la Sociedad (que va perdiendo personas válidas y las va transformando en adictas al trabajo, con un gran coste sanitario y social) y la persona (que puede estar perdiendo su propio sentido vital).

La inquietud de muchos ejecutivos y gerentes por captar y mantener a los mejores profesionales, la necesidad de una recuperación ética tras los escándalos de gigantes como **Enron** o **Worldcom**, la incorporación de la visión femenina al mundo laboral, y la incapacidad por parte del estado del bienestar de absorber los costes de esta *contaminación*, nos hacen sentir la responsabilidad de la empresa ante la *Ecología humana* que están

constantemente impactando. Tenemos, pues, que regenerar la empresa para que sea una institución que cumpla su misión específica como generadora y distribuidora de riqueza, sin olvidar su misión genérica que es el desarrollo de todos sus componentes hacia la excelencia.

El desarrollo de políticas empresariales que ayuden a armonizar la vida laboral con la familiar, social y personal son tan sólo un primer paso para garantizar la productividad, la equidad y la supervivencia. Que las políticas pasen a ser vida, práctica común en cada empresa, depende de que la alta dirección diseñe y aplique estas políticas en su vida personal, que en las situaciones que así lo requieran, los empleados no duden en pedir esos beneficios y en que los mandos intermedios no pongan impedimentos para que los empleados puedan disfrutar de estos beneficios cuando sea necesario.

Todos, pues, podemos –y debemos– ser, desde nuestra posición actual, agentes de cambio ante esta realidad sistemáticamente contaminante y ciega a fin de convertirla en una realidad sistemáticamente enriquecedora no sólo de nuestros bolsillos sino también de nuestras mentes y de nuestros corazones. ■